

No pasarán

Contra la economía caníbal



Édouard Martin

«Esa Francia que sufre se ha emocionado con él, se ha indignado con él, se ha rebelado con él. La Galia irreductible ha encontrado a su nuevo héroe.»

El País

Prólogo de
Alfonso Guerra

Traducción de
Dánae Barral Hortet



INCLUYE E-BOOK

¡No pasarán!
Contra la economía caníbal

Edouard Martin

¡No pasarán!

Contra la economía caníbal

Edouard Martin

MALPASO

BARCELONA MEXICO BUENOS AIRES

Al dejar que nuestra propia luz brille, ofrecemos
a otros la posibilidad de hacer lo mismo.

Nelson Mandela

A mi familia,
a mis camaradas de lucha.

Prólogo. Marcha por la dignidad.

El conocimiento de las prácticas ilegales de grandes grupos financieros de los Estados Unidos de Norteamérica ha puesto en evidencia la injusta adaptación del capitalismo al proceso de globalización, provocando unas consecuencias que han afectado al bienestar de millones de personas en el mundo. La acumulación de poder económico en unos pocos grupos internacionales y el debilitamiento de la capacidad de intervención de los gobiernos ha generado unas posiciones que son repetidas por algunos opinantes: padecemos una crisis de valores ante lo que poco se puede hacer, pues esto es lo que hay. El libro de Edouard Martin es un potente alegato que desmiente ambos tópicos. Los esfuerzos de un luchador sindical por la pervivencia de la empresa en la que trabaja, la pasión con que defiende a sus compañeros de las maniobras del capital financiero que se adueña de la empresa, la negación de cualquier forma de resignación, hacen de *¡No pasarán!* un libro cuya lectura convencerá de que la lucha continúa, que los ciudadanos no han perdido la fe en los valores de la libertad, la igualdad, la justicia; creen en lo público, en la necesidad de modificar lo injusto

del reparto de la riqueza. No es que los valores hayan sido abandonados por los jóvenes, ni por los veteranos; lo que ocurre es que el poder del dinero, con la complicidad a veces de los gobiernos, está imponiendo unas reglas que chocan frontalmente con los valores humanistas de la sociedad.

El libro de Edouard Martín es un ejemplo vivo de que se puede y se debe luchar para cambiar las cosas. Él ha conquistado un protagonismo fundamental en la batalla por el mantenimiento de los puestos de trabajo en la acería de Francia.

Edouard nació en Padul, Granada. Su padre «estaba en Francia trabajando en el campo y cuando volvía dejaba embarazada a mi madre. Al sexto hijo, mi madre se hartó y le dijo que nos íbamos con él. Cuando llegamos a la Lorena tenía siete años y medio. Apenas conocía a mi padre, no sabía francés, hacía frío y éramos los únicos españoles de la barriada de Anneville.»

A los 18 años entró a trabajar en la acería Florange y quedó impresionado por la estética de la fundición, «esa luz tan especial, el olor raro de los aceites de laminación, el humo, el resplandor naranja cuando volcaban la rabia de la fundición, el líquido a 1.600 grados de temperatura... ¡Me enamoré de esa fábrica!».

Pronto conocería las dificultades y por su claridad de exposición fue elegido representante de los trabajadores. Desde entonces se convirtió en la voz

de los trabajadores de la siderurgia. En la fábrica se forjó su espíritu de luchador sindical: amor por el trabajo bien hecho, conciencia profesional, tenacidad, gusto por la adversidad, generosidad y sentido de la responsabilidad (no ganar el cien por cien de las reivindicaciones no quiere decir que no se haya conseguido nada).

El capitalismo ha evolucionado hacia la financiarización de la economía. El centro de gravedad ya no está en la economía productiva sino en las finanzas. Así Edouard Martin y sus compañeros vivieron los avatares de su empresa adquirida por el indio Lakshmi Mittal como una operación financiera, sin que contase la producción ni las familias que dependen de ella. Como dice Edouard, «Mittal no es un industrial, es un financiero», afincado en Londres dispuesto a comprar todas las acerías del mundo para ir «secando» el mercado con el objetivo de controlar los precios. Las consecuencias del cierre de esas empresas no es un asunto relevante para el financiero que observa desde lejos el drama de los trabajadores.

En la lucha por el mantenimiento de la empresa, los trabajadores consideran la posible colaboración de las autoridades políticas, y tanto con Sarkozy como con Holland visitan el Elíseo sin lograr el apoyo que necesitan. Cuando el candidato François Hollande visita la región le preguntan «¿Podría usted comprometerse, si es usted elegido, a promulgar una ley para

impedir que un empresario cierre una fábrica viable y rentable?». Una petición razonable que toman con interés, pero que no se verá cumplida.

Los trabajadores organizan una marcha a pié sobre París (que recuerda vivamente la de los mineros a Madrid), con pancartas en las que se lee: «El acero lorenés vivirá», se dirigen a la torre Eiffel construida con acero lorenés. El eslogan de la marcha: «No pasarán».

La narración épica de Edouard evidencia la pérdida de poder de los gobiernos, maniatados por decisiones que escapan a su control y que toman grupos financieros que no rinden cuentas ante nadie. Se necesita una regulación que impida los abusos de las corporaciones financieras. Edouard lo expresa con sencillez y de manera implacable: «Necesitamos cambiar el sistema. Nadie está a salvo cuando el dogma es que otras partes del mundo producen más barato. Los pobres pagan las deudas de sus bancos. No podemos seguir viviendo de rodillas».

Edouard Martin está clamando contra la locura de un desorden organizado para que una élite social se enriquezca obscenamente mientras que la gran mayoría de la población ve cada día recortados sus derechos y su bienestar.

La lectura del libro permite vivir con ellos, con los trabajadores, la epopeya de exigir el derecho a vivir de su esfuerzo, algo tan justo que se les niega por un sistema que genera pobreza y frustración.

Recomiendo la lectura del libro *¡No pasarán!* de Edouard Martín, les interesará, indignará y emocionará. El lector les acompañará en su marcha por la dignidad.

Alfonso Guerra

1. Señor presidente...

«Señor presidente, ¿a qué está esperando? ¿A que ocurra una desgracia? Pues bien, tenga por seguro que vamos a convertirnos en su auténtica pesadilla si no pone fin a esta pantomima, a este engaño. Es una promesa. Y le advierto que tenemos por costumbre cumplirlas.»

Me trago las lágrimas. La rabia reemplaza a la tristeza. Son muchos ya los días durante los cuales las malas noticias hacen mella en nuestro creciente desánimo. Nosotros que aguardábamos confiados la nacionalización, tras la propuesta de Arnaud Montebourg a la Asamblea Nacional y al propio Primer Ministro, quien no opuso objeción alguna a tal empeño, íbamos a averiguar en poco tiempo que, finalmente, el Elíseo y el gobierno, sin contar con nosotros, habían firmado un acuerdo con nuestro presidente y director general, personaje que, con los años, terminaría convirtiéndose en nuestro más acérrimo enemigo: Lakshmi Mittal.

Nadie había tomando seriamente en consideración nuestras advertencias. Por consiguiente, tal como había hecho en Cork, en Irlanda y en Gan-

drange años antes albergábamos la muy fundada sospecha de que iba a aplicar el mismo método en Florange: negarse a acometer nuevas inversiones en consonancia con las necesidades de la empresa, cerrar una parte de la fábrica, negándose a venderla con el firme propósito de dosificar la productividad a su antojo y con ello acrecentar la demanda.

Con la bendición del presidente de la República, Mittal había soltado lastre aceptando incorporar Florange a ULCOS, un proyecto financiado con capital europeo destinado a la producción de acero propio, sin emanaciones de dióxido de carbono. Era nuestra última esperanza para salvar los altos hornos.

La mañana del jueves 6 de diciembre de 2012, a las 10.30h, me llama un corresponsal de la agencia APF de Bruselas. Me anuncia que Mittal acaba de retirar su candidatura para ULCOS ante la Comisión Europea. La tinta del famoso acuerdo de Matignon, residencia del Primer Ministro, aún no se ha secado cuando Mittal se desdice. Todo se desmorona.

El día anterior, estábamos con la intersindical, reunidos en Matignon. Era como estar arando el mar. El Primer Ministro nos había detallado los términos del acuerdo firmado con nuestro presidente y director general. Le subrayé los hechos, en un tono al que no debe estar muy acostumbrado. Le recordé las promesas del presidente de la República, en

la campaña electoral: impedir que un empresario que tiene beneficios pueda cerrar una fábrica viable y rentable. En aquel momento creíamos estar ante un hombre honesto, que había entendido nuestras expectativas. Le había recordado al jefe del gobierno la firma que él, Jean-Marc Ayrault había estampado, el 24 de abril de 2012, en un documento en el que se estipulaba que se comprometía a «defender el sector industrial de la siderurgia, impidiendo que el grupo Mittal cerrara los centros de producción en Francia».

Nada estaba hecho. Excepción hecha de las reconfortantes palabras de Arnaud Montebourg al final del encuentro, nos marchamos con las alforjas llenas de una vaga esperanza con respecto al proyecto ULCOS.

Regreso a casa para ocuparme de mi bebé nacido algunas semanas antes y para quien, al igual que para mis otros hijos, me entrego esperanzado a este combate con el fin de garantizarles un futuro mejor. Me cambio la camisa blanca que me había puesto para tan memorable ocasión en Matignon. Me vuelvo a enfundar mi chupa naranja de militante de la CFDT para ir con mis compañeros de batalla.

Me piden que hable en los medios. Al principio me niego. Todo se arremolina en mi cabeza. ¿Demasiadas preguntas? ¿Qué quiere el presidente de la República? ¿Quiere que alguno de nosotros se suicide, que nos matemos entre nosotros, que alguien,

en un acto de desesperación, haga explotar la fábrica? Mis camaradas insisten, y después de derramar unas lágrimas presa de la emoción, inquiero directamente a François Hollande sobre las promesas incumplidas.